

Extracto (pág 5-pág 12)

Es el fin. Van a derruir este edificio. ¿Para qué? Para construir uno de esos que tanto se llevan ahora. Sin gracia. Sin estilo. Sin historia. Simples paredes de fino ladrillo con agujeros por ventanas. Que no digo yo que no envidie sus tuberías nuevas sin fisuras ni olores, sus suelos radiantes o su instalación eléctrica a prueba de cortocircuitos, pero son impersonales y carecen de alma... ¿Realmente se necesita un arquitecto para hacer esa porquería de pisos? ¿Dónde quedó el diseño y el buen gusto? La ciudad pierde su identidad. ¿Nadie piensa hacer nada al respecto? Esta construcción tiene casi ochenta años y debería considerarse patrimonio de la ciudad o al menos, reserva del barrio. Vale que hay alguna que otra grieta preocupante en la estructura pero, tenemos una escalera con barandilla catalogada, corrala con patio interior cubierto, ascensor retro de esos con rejas y banco para sentarte y unos suelos de cerámica en los descansillos de cada planta que ya quisieran tener en el palacio de La Zarzuela.

En cuanto a mí, creo que con un mínimo lavado de cara me hubieran dejado como nuevo. Estoy en mi mejor momento. A saber: sito en la Plaza de la Cebada número cuatro y muy próximo a las zonas de interés turístico, histórico y cultural de Madrid, soy un luminoso piso exterior de ciento treinta metros cuadrados con cinco dormitorios, dos baños, cocina equipada y salón comedor. Para entrar a vivir. Es cierto que a veces el ascensor se estropea, pero tratándose de una segunda planta no es tan grave. Tengo seis balcones y todos dan la calle. Techos altos, posibilidad de garaje en finca próxima, calefacción central y desde hace nueve años, aire acondicionado y antena parabólica comunitaria. Aunque echo de menos los suelos de baldosa hidráulica que me pusieron de origen, hace unos años me colocaron una bonita tarima de imitación para quitarme una horrorosa moqueta que llevaba conmigo desde principios de los setenta. Además, puedo decir con orgullo que nunca he tenido un problema grave de goteras. Gotelé puede, pero no goteras. Reconozco que he tenido que aguantar el dudoso buen gusto de algún que otro personaje y aunque actualmente mis paredes están pintadas en un elegante blanco roto, prefiero no recordar los múltiples y desafortunados tonos que «me han sacado los colores» durante todos estos años. Me siento impotente. Muy impotente. Pero sobre todo, vacío. Ya no hay muebles. No queda nada.

Me había acostumbrado tanto a gritos, rumores, ronquidos, orgasmos, reproches, llantos y risas, que este silencio es la peor de las agonías. Mi único consuelo es recordar. He oído muchas veces que las personas poco antes de morir ven pasar sus vidas en imágenes. En este momento, las únicas imágenes que me vienen, pertenecen a todos aquellos que han «pasado por mí»...

Parte 1: 1945 - 1965

Ser o no ser

Soy el segundo izquierda de un edificio de cuatro alturas. Mi constructor se llamaba Ángel de Armas y mi arquitecto, José María Sánchez Sánchez. No tengo ningún tipo de recuerdo de ellos ya que nos vendieron muy pronto. A mí me compró la familia Carrión López por 275.000 pesetas de la época a los cuatro meses de que el edificio viera la luz. Creo que era el año mil novecientos cuarenta y cinco o así. No sé qué fue del resto de pisos. Evidentemente, eran años difíciles y teniendo en cuenta todo lo que he visto después, tampoco he hecho mucho por retener lo que ocurrió entonces.

La postguerra seguía de moda y el ambiente en general era de aparente alegría que camuflaba la más profunda e impotente tristeza. Mucho gris. Poca música. A pesar de la ilusión que me hacía tener «mi primera familia», no guardo ningún momento con especial cariño de su paso por aquí. El cabeza de familia, don Tomás Carrión Echevarría, intentaba sacar adelante a los suyos con más pena que pan. Él, que era más de ponerse morado que de quedarse rojo, tenía que dar de comer a sus cinco hijas y a su mujer María Isabel que, como tantas otras mujeres, cumplía con los habituales quehaceres domésticos que por aquel entonces no eran considerados ni oficio ni beneficio ni nada.

De las cinco hijas, las dos mayores salieron mojigatas, las dos pequeñas topolino y curiosamente, la mediana monja. A pesar de tener cuatro hijas potencialmente casaderas, nadie parecía darse por enterado. Cierto es que la suerte de la belleza exterior había sido esquiva e injusta con todas ellas pero a decir verdad, ninguna había hecho lo más mínimo por cuidar y dar a conocer la interior «al extranjero».

Corría el año mil novecientos cuarenta y siete. Aquel año se cerró en Miranda de Ebro el último campo de concentración en España, Edouard Van Dyck ganó la séptima edición de la Vuelta ciclista a España y un triste 29 de agosto, Manolete moría a cuernos de Islero en la plaza de Linares.

María Isabel López, madre de todas ellas y otrora «Miss Badajoz», maldecía su destino cada día. Los usos amorosos de la pareja habían quedado en el olvido después de tanta descendencia femenina. La falta de alimento y recursos naturales había transformado el amor en reproches y malas caras. María Isabel era infeliz. Tanta monotonía la marchitaba y se limitaba a mirar por la ventana imaginando una vida mejor.

No quería saber nada de nadie y poco a poco fue dejando de lado las tareas de la casa para caer premeditadamente enferma. Un par de años después logró su objetivo y los abandonó a todos de la mano de una miastenia gravis... excesivamente gravis.

Aquel fue un duro golpe para don Tomás que veía que la casa le venía muy grande y que él solo no podía con el resto de mujeres que le quedaban. Empezó a beber con asiduidad y énfasis así como a frecuentar diversas casas de tolerancias en las que llegó a ser cliente del mes tres veces seguidas. Algo así como un MVP, pero con nocturnidad, premeditación y dinero de por medio.

La mala vida del descabezado de familia hizo que sus hijas se fueran sin mirar atrás. Con sendos machos y un Señor. Solo, sin ninguna motivación y alcohólico, don Tomás me vendió casi sin darse cuenta y desapareció dejando un armario lleno de ropa de mujer y varias fotos de una familia que ya no tenía.

Donde caben dos, caben once

... avanza, pasa la mitad del campo... llega cerca del ángulo izquierdo del área de castigo inglesa. Centra sobre el poste derecho del marco defendido por Williams. Toca de cabeza Igoar. Remata Zarra y goool... Gool señores... Gool de España...

Dos de julio de mil novecientos cincuenta... Mundial de fútbol de Brasil. Zarra, trescientos sesenta y dos años después, acababa de vengar él solito a la Grande y Felicísima Armada Española con empujar una bola de cuero de nombre Duplo T donde Williams no pudo llegar.

A 7.937 kilómetros de allí, la pareja de recién casados don Cosme y doña Luisa o lo que es lo mismo, la familia Cifuentes García, se hacía conmigo por poco más de trescientas veinticinco mil pesetas. Al parecer, don Cosme era el último de una buena familia de contables y la que sería su mujer de por vida, la hija de la que había sido su cuidadora años atrás. Todos habían vivido en una enorme casa familiar en las afueras. Durante años, se miraron en los desayunos, se enamoraron en las comidas e intimaron en la clandestinidad de reincidentes «meriendas abuhardilladas». A pesar de las múltiples trabas familiares por parte de padre, don Cosme, al que de pequeño llamaban Cosme a secas, le pidió a su nani la mano de Luisa, por aquel entonces Luisi o Sisi y gracias. Él era un señor apuesto y alto. Un hombre que siempre tenía el control de todo o que al menos, lo intentaba. Su cara afilada y sus ojos penetrantes denotaban cierta inteligencia. Alto, de pelo cano y bigote amplio, se movía despacio dejando que su rotunda voz llegase a los sitios antes que él. Puntual. Sereno. Ella era una especie de Cenicienta venida a más. Dulce, sensible, con gran corazón y notable belleza. De pocas palabras y grandes actos. Humilde. Sencilla. Don Cosme y doña Luisa se querían mucho o al menos, se quisieron mucho nueve veces. Las mismas que hijos trajeron al mundo: Cosmehijo, Luisa, María Luisa, Elena Luisa, Constantino, Conrado, María Elena y los pequeños gemelos José Luis y Luis José. La capacidad de la pareja para repoblar España estaba fuera de toda duda y encima en tiempo récord, ya que del mayor a los pequeños, solo había once años de diferencia. Cuando llegaron, Cosmehijo tenía doce años y los gemelos solo uno.

Como no se solía hablar de política, no se trataba de una familia de

vencedores ni vencidos. Eran cristianos moderados por lo que no rezaban el rosario en familia pero sí iban a misa los domingos. Por lo que he ido viendo, eso de aparentar siempre ha sido importante para el ser humano. Aunque reinaba el típico ambiente de respeto y buena educación de la época, nadie levantó una mano más alta que otra. Se podría decir que se respiraba suficiente cariño y amor amén de una notable comunicación entre padres e hijos difícil de establecer en aquellos disciplinados años. ¿Existía el Ratoncito Pérez?... Sí. ¿Existía el coco?... Claro. Pero también existían las obligaciones, los derechos y el sexo... siempre que fuera respetuoso, consensuado, limpio y sobre todo, recíproco. Definitivamente, la familia Cifuentes García era una adelantada a su tiempo y generación ya que allí se hablaba de casi todo con gran naturalidad y sencillez.

Tener el dinero por castigo es más duro de lo que parece y aunque la familia era pudiente, los Cifuentes intentaban inculcar a sus hijos todos los valores necesarios para no caer en la pereza y el acomodamiento. Por eso, cada prenda tenía una vida media de quince años al pasar, como los problemas de pubertad, de descendiente en descendiente.

Sin duda, en la década de los cincuenta los hijos respetaban bastante más a los padres de lo que se estilaba ahora y el concepto de autoridad tenía nueve letras y no cuatro. Que hubiera un riguroso y exagerado nivel de educación extinto hoy en día, no obviaba el hecho de que había nueve niños en casa. Podríamos dividir la descendencia Cifuentes García en dos lobbies o grupos de presión que se movían solidariamente por la casa. Los cuatro mayores por un lado y los cinco pequeños por otro. En ocasiones y dependiendo del punto de enfrentamiento, esto podía cambiar radicalmente para convertirse en un recurrente y típico chicos contra chicas. Aquellos años fueron algo estresantes pero muy divertidos y por ello les tengo mucho cariño. Empecé a fijarme más en las relaciones personales. En la difícil labor de ser padres y en cómo los hijos se creen sentir siempre incomprendidos.

Conrado

El que diga que no quiere más a un hijo que a otro o que no tiene un tío preferido... miente, y yo tenía un claro favorito entre toda aquella prole: Conrado. Se trataba de un chico muy inteligente. Con una picaresca impropia de su edad. Era el más espabilado de todos. El epicentro de atención. Y su presencia nunca pasaba desapercibida. Por su forma de ser, por las cosas que hacía y lo que decía... para mí los Cifuentes eran Conrado y diez más. Entre las múltiples anécdotas que protagonizó, recuerdo una muy simpática a las pocas semanas de que se instalaran en casa. Era una fría noche de febrero. Conrado, que tenía cinco años recién cumplidos, se levantó en mitad de la noche para ir al baño. Preso del sueño y la oscuridad, iba dando tumbos por el pasillo en busca del váter. Don Cosme, que siempre había tenido un sueño muy ligero, se despertó al instante y se levantó para ver lo que pasaba. Salió de la habitación y empezó a andar por el pasillo. Creyó distinguir una forma inmóvil e indeterminada así que encendió la luz. La imagen que vio a continuación no se le olvidará en la vida. Allí, en medio del pasillo... apoyado en la pared con una sola mano, con el pantalón del pijama bajado y los pies separados todo lo que podía, Conrado se aliviaba a gusto contra la pared. Parecía un borracho miccionando a las cuatro de la mañana a la puerta de un garaje. Puede que el pequeño Conrado no llegara a encontrar el baño debido a la reciente mudanza o puede, que en una clara declaración de intenciones, estuviera marcando el territorio. En cualquier caso, se limitó a levantar la cabeza al cegarle la luz y notar la presencia. Miró a su padre durante unos segundos y siguió orinando. Se sacudió y se fue por donde había venido. Don Cosme ni supo ni pudo articular palabra. Fue a la cocina, cogió la fregona y eliminó cualquier prueba de lo sucedido antes de volver a meterse en la cama.

Aunque nunca le contó a nadie lo ocurrido, fue aquel día cuando supo que Conrado era diferente a los demás. Tampoco puedo olvidar la mañana de Reyes de mil novecientos cincuenta y tres. Aquello fue épico. Conrado contaba ocho años y a pesar de sus múltiples travesuras que no anunciaban la recepción de grandes regalos, llevaba esperando la llegada de aquel día durante meses. Se despertó a eso

de las cinco cero cero de la mañana hora zulú. Se levantó y se dirigió sigiloso al salón donde encontró una bolsa con su nombre bajo el árbol de Navidad. A pesar de la ausencia de familiares, la abrió sin pensárselo dos veces. Resultado... carbón. Negro y sucio carbón. Cualquiera otro niño en su lugar hubiera roto a llorar desconsolado. Él no. Casi sin pararse a pensar y como si ya lo tuviera planeado, empezó a cambiar de sitio los carteles que identificaban al destinatario final de cada regalo. Con una tranquilidad pasmosa se plantó frente a todas las cajas y contempló su obra durante unos segundos mientras esbozaba una preocupante y malévola sonrisa. Parecía tener claro que aquella, era la combinación más explosiva posible.

Como sentía auténtica debilidad por los gemelos, dejó sus regalos tal cual. Eso sí, los puso delante del todo para conseguir un punto de credibilidad que camuflara la mano negra que había detrás de lo que se avecinaba. Una vez acabó de hacer y deshacer, se volvió al cuarto que compartía con Cosme y Constantino y se metió en la cama como si nada. Incluso, se permitió volver a roncar en dolby surround. A eso de las seis y veinte, la pequeña María Elena que compartía habitación con los gemelos empezó a ir de cuarto en cuarto gritando a todo y pequeño pulmón: «Los magooos... han venidoooooooo... están allí yaaaaaa... los regalos... los Reyes... vamoos... que han venido los regaloos yaaa... correeed que están los Reyes aquí y los regalos y todooo yaaa...».

Para leer más y saber cómo conseguirlo:

<http://algoquerecordar.com/segundo/>